

Gonzalo Hidalgo Bayal

ARDE YA LA YEDRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GONZALO HIDALGO BAYAL
ARDE YA LA YEDRA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2024

© Gonzalo Hidalgo Bayal, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-448-3
Depósito legal: B. 4.261-2024
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Primera parte

La I no merece ceremonial 9

Segunda parte

Arde ya la yedra. 177

Primera parte
La I no merece ceremonial

Né O sì tosto mai né I si scrisse

DANTE, *Inferno*, XXIV, 100

solo el acento que recae sobre la i es duro

FRANZ KAFKA, *Cartas a Milena*

Hubo un verano, hace tiempo, en que estuve mortalmente aburrido. Llevaba estancado en la realidad más de dos años. Había terminado los estudios, había desperdiciado quince meses marcando el paso en un cuartel castellano y buscaba trabajo inútilmente. Encontraba a veces ocupaciones temporales menores que, tanto por la miseria de las retribuciones como por su naturaleza rutinaria y menestral, me ocasionaban una profunda insatisfacción, la certeza de que todo lo que había hecho y aprendido hasta entonces no servía para sobrevivir con dignidad en tiempos tan inciertos, lo que me llevaba a íntimas y profundas lamentaciones, a recorrer las calles con el porte del adolescente herido por la injusticia universal, a desconfiar de mis propios méritos para estar a la altura de lo que el mundo que me había tocado en suerte podía esperar de mí y viceversa. No estábamos hechos el uno para el otro: ni el mundo para mí, ni yo para el mundo. A ello se añadía además, y tal vez sobre todo, el revés sentimental que se había iniciado meses atrás (y digo *el* porque en aquel trance era más *el* que *un*) y que los primeros atardeceres estivales habían empezado a hacerme ver que era ya definitivo. Y ocurría también que la muchacha con la que llevaba saliendo más de un año me había dejado abandonado a mi suerte. No es que rompiera conmigo (no había entre

nosotros compromiso alguno, no se había pronunciado la palabra *novios*, que carecía entonces de prestigio entre la juventud, no nos habíamos declarado amor eterno, tal vez porque para ser eterno el amor no solo necesita amor, también precisa mayor consistencia material que el pan, la cebolla y el crepúsculo), sino que trasladaron a su padre y toda la familia lo acompañó al destierro. Nos escribimos cartas muy sentidas al principio y muy frecuentes, casi a diario, a vuelta de correo, subrayando la lastimera soledad en que nos habían colocado los dioses y entonando tristísimos cantos de añoranza a nuestros paseos, nuestra compañía, nuestros dulces coloquios. Pero el furor epistolar fue decayendo, la nostalgia quedó atrás, la ansiedad del buzón decreció, la cursilería se volvió telegráfica, las cartas se espaciaron hasta casi desaparecer y en algún arrebatado de lucidez el temor se llenó de certidumbre y entonces supe que la ansiedad se había ido diluyendo, que la llama de amor, si no se había apagado, era rescoldo y que no quedaba más consuelo que el aburrimiento, la lamentación y la tristeza. Así pues, sin nada mejor que hacer, ni nada peor tampoco, a menudo reflexionaba sobre mi propio aburrimiento y he de decir que, pese a todo, no era algo que me importara en exceso ni que me preocupara en demasía. De sobra sabía ya entonces que el aburrimiento no solo no es malo sino que puede traer consigo numerosos lances favorables y, con perseverancia, no pocas satisfacciones. Lo malo, pensaba en aquellos días (y sigo pensándolo ahora), no era el aburrimiento en cuanto tal: lo malo, decía, era no encontrar el modo idóneo de encauzarlo, no adivinar los alicientes que escondía. En diferentes ocasiones he comprobado que las mejores ocurrencias provienen precisamente de etapas de largo y prolongado aburrimiento, porque el aburrimiento, cuando es severo, se transforma, como si fuera su propio antídoto, y da paso a periodos de tiempo de la

más insólita plenitud. Podría documentarlo ampliamente con episodios anteriores y posteriores al verano del que hablo, pero no voy a entretenerme esgrimiendo ejemplos, porque no es del aburrimiento en sí o *per se* de lo que quiero hablar ni tampoco de las consecuencias favorables que el aburrimiento puede aportar a cada cual (cada uno es dueño de su tiempo y señor único de sus vicisitudes), sino de adónde me llevó el aburrimiento de aquel verano concreto, que los hados presagiaban triste, vacío e interminable. Advierto, sin embargo, que tampoco esto es algo que merezca realmente la pena, salvo por el hecho de que soy yo quien está en el centro del relato y de que acababa de cumplir veinticuatro años, circunstancia en verdad agravante, pues, según ideas mías de entonces, cuya endeble consistencia no tengo reparo en reconocer, se trata (o se trataba) de una edad peligrosamente fronteriza. Y es que, como en los meses de cuartel había abandonado la lectura de literatura seria, porque el espíritu castrense no es propicio a Ulises ni a Absalones, y había llevado la desidia hasta extremos impensables en mis años de estudiante, cuando me entregué a la lectura de todos los libros del mundo con una pasión feroz, solía entretenerme ahora leyendo novelas de quiosco de la editorial Bruguera, preferentemente del Oeste (Bravo Oeste, Ases del Oeste, Héroes de la Pradera), algunas veces policiacas y en menor medida de ciencia ficción o de terror (pero también de quiosco), breves novelitas que no requerían ni mucha concentración ni demasiado tiempo, no sé si como mucho una hora y media, un par de horas a lo sumo, lo suficiente en cualquier caso para devorar una novelita cada tarde mientras soportaba los calores de un junio que acababa, de un incipiente julio, y me entregaba a un ocio, una apatía y un desánimo que no eran otra cosa que enervación, atonía o, dicho con mayor rigor semántico, aplatanamiento. Y era el caso que en las novelas del

Oeste (no así en las policiacas) el personaje protagonista, ya fuera el forastero que llegaba a la ciudad para deshacer entuertos, el muchacho que buscaba en la inmensidad de los escenarios de Texas, Arizona o Nuevo México al asesino de sus padres, o el justiciero despechado que se dedicaba a cobrar la recompensa de los criminales a los que había puesto precio la justicia, solía ser siempre, invariablemente, un joven de veinticuatro años (frisaría en los veinticuatro años, según la fórmula acuñada por los maestros del género: la condición solitaria del héroe impedía afirmarlo con omnisciencia), un sujeto en punto de sazón que no era ya la juventud y que no podía decirse tampoco que fuera todavía plena madurez, pero a efectos literarios un hombre hecho y derecho. Y, como digo, yo acababa de cumplir veinticuatro años y me quedaba solo uno para alcanzar el límite del que arranca la verdadera purga del corazón, que, como se sabe, se sitúa en los veinticinco, y, aunque no puedo asegurar que dicha circunstancia me provocara ningún serio conflicto existencial, sí que me llevó a pensar una y otra vez que, a una edad que no tardaría mucho en dejar de ser la mía, todos aquellos personajes habían tomado un rumbo decidido en la vida, eran infalibles con el Colt 45, habían emprendido arriesgadas aventuras, tenían un objetivo que cumplir, el riguroso propósito de llevarlo a cabo y las cualidades de carácter necesarias para ello, y yo, en cambio, andaba perdido aún en las complejidades de un mundo con el que no me identificaba, al que apenas pertenecía, un mundo manifiestamente incompatible, y sin más oficio que darme en el río algún chapuzón a mediodía o acudir de vez en cuando a la biblioteca pública a matar el tiempo con revistas y periódicos, pasar las tardes tumbado en el sofá oyendo música melancólica y leyendo con indolencia, sin entusiasmo, mecánicamente, con la extravagancia de ponerme en situación con un sombrero vaque-

ro de tómbola de feria, alguna de aquellas novelas escritas por Keith Luger, Silver Kane, Clark Carrados, Lou Carrigan o Marcial Lafuente Estefanía y cortadas siempre con el mismo patrón (noventa y seis páginas, párrafos breves, pródigos y estratégicos puntos y aparte, muchos diálogos y una trama tan escueta como predeterminada), pasear mi desidia y mi desconsuelo por las soledades del anochecer lamentando la ausencia y el desamor de la muchacha que hasta hacía apenas unos meses me había sostenido en pie o, en fin, evadirme una vez más en la sesión de noche de una sala de cine que bien podría haberme nombrado entonces socio de honor. ¿Qué otra cosa podía hacer en tan adversas circunstancias? ¿Y por qué seguir dándole vueltas al cabo de tantos años?, también me pregunto. No sé responder, pero sí sé que todavía hoy, cuando rememoro el principio de aquel verano, me invaden un malhumor y una tristeza que, si no tienen ya nada que ver con el malestar de entonces, me llevan a pensar si todo lo que he hecho después no estará contaminado por aquel malhumor y aquella tristeza originales, si no comería entonces insensatamente del fruto prohibido y quedaría marcado para siempre con el signo de la proscripción.